

PABLO CASALS: UN VIOLONCHELO EN EL EXILIO

En San Juan
de Puerto Rico,
casi
a los noventa
y siete años
de edad, acaba
de morir
el violonchelista
Pau Casals.

La muerte de Casals no es tan sólo la muerte de un extraordinario artista, sino también, y sobre todo, la muerte de un hombre ejemplar. «Este gigante de la música —había afirmado U Thant, con ocasión del estreno del oratorio "El Pessebre", en el

auditorio de las Naciones Unidas— es además conocido como hombre de paz y como campeón de los derechos humanos...». A lo largo de una vida tan dilatada como fecunda, Casals ha sabido demostrar la posibilidad de aunar sin estridencias el rigor estético y la más absoluta honestidad vital. La entrañable figura del anciano intérprete abrazado al puente de su violonchelo no excluye esa otra imagen del personaje público que, en señal de protesta contra la guerra de Vietnam, rehúsa asistir a un banquete de homenaje que el Presidente Johnson le ha ofrecido en la Casa Blanca. El artista que recrea entre sus dedos mágicos y poderosos el popular «Cant dels ocells» es el mismo que se niega rotundamente a actuar en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini. No obstante, sería aventurado asegurar que Pau Casals haya sido, en el sentido estricto del vocablo, un «político». Su compromiso no

desembocó jamás en los cauces de un «art enragé», sino en la inequívoca expresión de un pacifismo a ultranza: un pacifismo de corte liberal, optimista, casi paternal, abierto a todos los mitos de la bondad y la esperanza universales. «Siento más que nunca —escribió hace unos años a su íntimo Joan Alavedra— mi responsabilidad como ser humano y como músico, y hago todo lo posible por dar el máximo de mí mismo y sacar provecho de la experiencia que Dios me ha concedido». No hay, en estas frases, rabia ni rencor, ni tan siquiera una explicable nostalgia por el tiempo pasado y el país irrecuperable. Son las palabras de un hombre sereno, íntegro, fatigado y sin embargo animoso, sabio y a la vez ingenuo, en paz con su conciencia y con un mundo sin fronteras, del que se sabía ciudadano de pleno derecho. Nacido junto al mar —en Vendrell, a cuatro pasos de la playa de Sant

Salvador—, Pau Casals, hombre libre y universal, ha muerto frente a las aguas del Caribe. El sonido del mar es el sonido de la libertad.

De la calabaza de Vendrell a las «Suites» de Bach

Su primer violonchelo fue una calabaza vacía ensamblada a un palo y con una sola cuerda. Lo construyó un ingenioso barbero de Vendrell, vecino de los padres del pequeño Paut. No era un instrumento sutil y armonioso, pero resolvía un precoz impulso vocacional. Los padres de Pau, el organista parroquial Carles Casals i Riba y la puertorriqueña de origen catalán Pilar Defilló i Amiguet, carecían de medios para adquirir un auténtico violonchelo. La infancia de Casals fue, como la de tantos otros músicos, una infancia dura y difícil. A costa de sacrificios, Pilar Defilló consiguió matricular a su hijo en la Escuela Municipal de Música de Barcelona, le compró un violonchelo de verdad y lo alojó en la casa de unos parientes, en la calle de Sant Francesc. Pau contaba apenas trece años de edad, y para subvenir a las necesidades familiares, dedicaba sus escasos ratos libres a actuar como concertista en el café Tost, de la barriada de Gracia, y en La Pajarera, de la plaza de Cataluña.

Después de un concierto ante los Kennedy en la Casa Blanca.





SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS

Su forma de tocar el violonchelo era, para aquella época, francamente heterodoxa. Pau Casals no se agarrotaba, como entonces era costumbre oficial en los Conservatorios, sobre el instrumento. Dejaba en plena libertad ambos brazos. De ese modo, su mano izquierda podía recorrer las cuerdas con mayor agilidad y, al mismo tiempo, permitía a su mano derecha jugar más eficazmente con el movimiento del arco. Al principio, su sistema interpreta-

tivo causó verdadero estupor a los profesionales de la Escuela Municipal. Más tarde, la denominada «técnica Casals» —aceptada hoy por todos los instrumentistas— se revelaría como la más adecuada para extraer del violonchelo sus inmensas posibilidades sonoras.

Poco a poco, el joven Pau fue ascendiendo los peldaños del éxito. Una recomendación de Albéniz —oyente casual de un concierto en el café Tost— le pone

bajo la protección del conde Morphy, secretario de la Regente María Cristina. Casals se convierte en músico cortesano: a cambio de una pensión de cincuenta duros mensuales, todos los jueves debe ir a palacio «a hacer música para la Reina». Estudia, en el Conservatorio, con Tomás Bretón; el conde Morphy le sirve de generoso amigo y preceptor. Y es el propio secretario real quien consigue para su protegido el ingreso en el Conservatorio de Bruse-

las. Sin embargo, el profesor de violonchelo en el Conservatorio belga, un tal Jacobs del que apenas queda recuerdo, comete una incorrección con Casals («Españolito —le dice con sorna—, ¿por qué no toma usted una guitarra y toca un fandango?»), y el joven estudiante abandona Bruselas y, junto con su madre, se traslada a París. Transcurren años problemáticos, saturados de ilusiones y frustraciones. Un día cualquiera, Pau Casals acude a una interpretación de «La Pasión según San Mateo», de Johann Sebastián Bach. Ese día, Casals descubre algo que constituirá la suprema pasión de su vida: la obra de Bach. Años antes, en una librería de viejo de la calle Ancha barcelonesa, había encontrado las «Seis suites para violonchelo», de Bach. Aquel destartado cuaderno comprado en su niñez se había ido enriqueciendo con notas al margen y signos de uso privado. En las horas de soledad y desánimo, Bach se transformaba en un amigo sonoro, tangible e irremplazable. «Bach —ha dicho Casals— es el momento más elevado y más puro de la música de todos los tiempos, el milagro que no se ha dado en ninguna de las demás artes...». Pau Casals dedicará doce años de su vida a «recrear» para sí mismo, en la intimidad de su cuarto, las «Seis suites» de Bach. Al fin se decidirá a ofrecerlas a un público. Berlín será el escenario de esa estremecedora confesión general. Y tras el sufrimiento y la catarsis de esa confesión, el público berlinés comprenderá —como lo había comprendido Mendelssohn setenta años antes— que Johann Sebastián Bach es un músico vivo.

El triunfo de Casals

Mil ochocientos noventa y ocho. El conde Morphy surge de nuevo en la vida de Casals. Ambos se entrevistan en Madrid; renace la antigua amistad. La estrella de Casals comienza a brillar en toda España. Después de haber interpretado el «Concierto para violonchelo y orquesta, de Saint-Saëns, la Reina Regente regala a Casals un violonchelo Gagliano y un zafiro (que será incrustado en el arco del instrumento). El conde Morphy le entrega una carta de recomendación para Charles Lamoureux, el director de orquesta más prestigioso de Francia. Pau

PABLO CASALS: UN VIOLONCHELO EN EL EXILIO



Ya nonagenario, con su esposa Martita, en la residencia próxima a San Juan de Puerto Rico.

Casals parte inmediatamente hacia París y se entrevista con el atrabiliario Lamoureux. El 12 de noviembre de 1899, en el teatro Château d'Eau, la Orquesta de Conciertos Lamoureux y el joven violonchelista español protagonizan una jornada inolvidable. El terrible Lamoureux llora y grita, sin dejar de abrazar al aún desconcertado instrumentista. El camino del triunfo ha comenzado.

La carrera de conciertos lleva a Casals a Norteamérica, a Inglaterra, a Alemania, a Austria, a Rusia... Su primer recital en San Petersburgo se produce en medio de unas jornadas tristemente memorables: la sangrienta revolución de 1905. Ese mismo año crea, junto con el pianista Alfred Cortot y el violinista Jacques Thibaut, el famoso Trío Cortot-Thibaut-Casals; el Trío recorre todo el planeta, graba discos —hoy transportados al microsurgido—, se convierte en una atracción musical insustituible... El célebre violinista Ysaye llegaría a afirmar que el Trío Cortot-Thibaut-Casals es «Dios en tres personas»...

Pero Pau Casals no olvida su Cataluña natal. En 1919, venciendo dificultades y desconfianzas, crea la Orquesta Pau Casals. Invitados por el titular de la orquesta, actúan en Barcelona los más ilustres directores y solistas de la época. Sin embargo, Casals quiere ir aún más lejos. La música es de todos y para todos. El pueblo es el principal destinatario del arte. «Cuanto más pesado es el trabajo del hombre —solía decir Casals—, más necesita la confortación de la música». Y el proyecto se realiza. En 1925 fun-

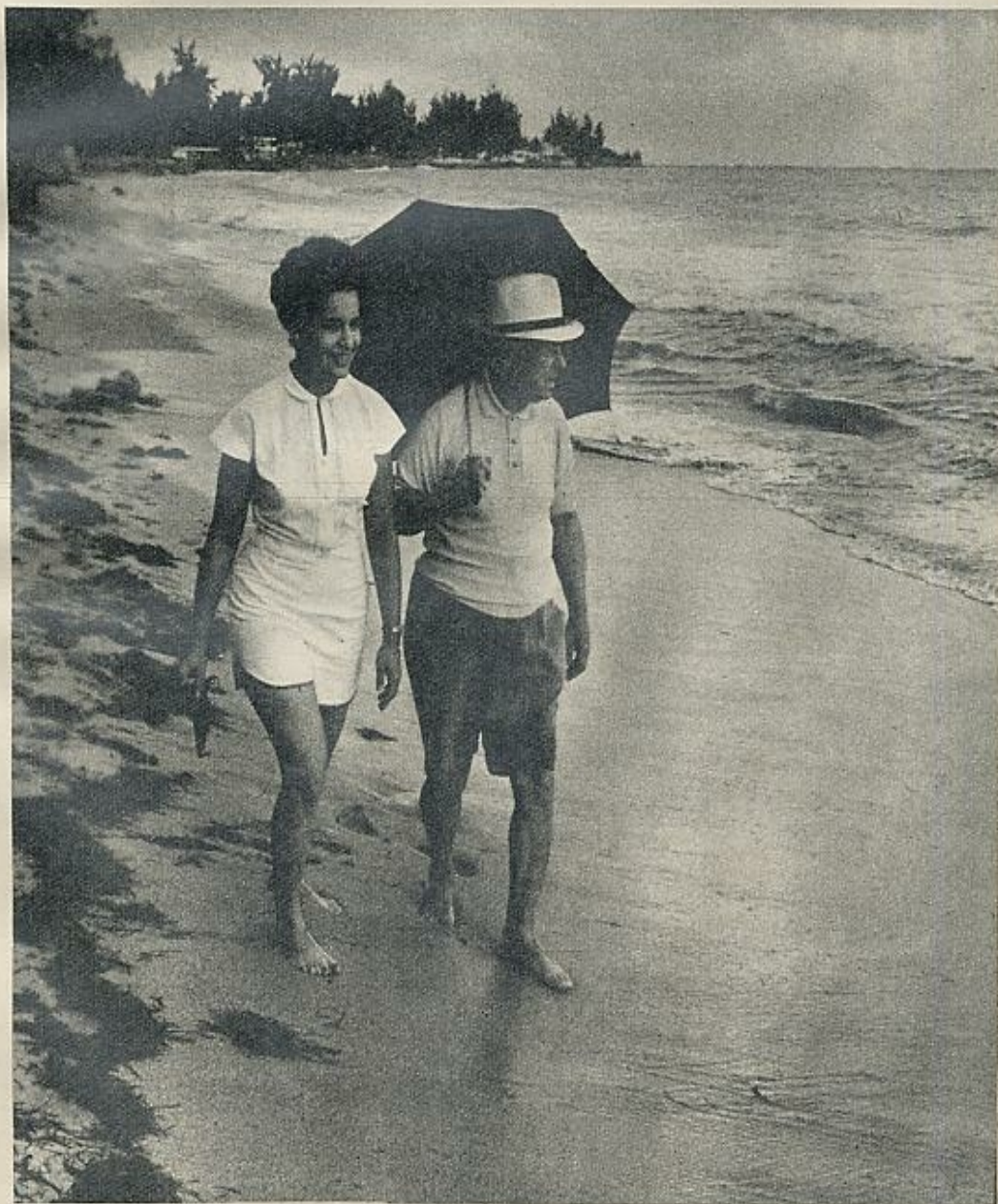
da la Associació Obrera de Concerts. Importe de la cuota: seis pesetas al año. La Associació llega a contar en breve plazo con miles de socios. Los obreros catalanes administran su propia orquesta, su escuela de música, su biblioteca, su revista periódica... La Associació alcanza un prestigio internacional; a su imagen y semejanza, se crean organizaciones similares en diversos países europeos y americanos.

En julio de 1936, Pau Casals lleva a cabo con su orquesta los últimos ensayos de la «Novena sinfonía», de Beethoven. El con-

cierto, previsto para el acto de inauguración de una Olimpiada internacional, no llega a celebrarse. El trágico fragor de la guerra civil ahoga la voz esperanzada de la «Oda» de Schiller.

Un violonchelo en el exilio

Don Antonio Machado ha muerto en Colliure, un pueblecito de la Cataluña francesa. A pocos kilómetros de Colliure, en otro pequeño lugar del Sur de Francia llamado Prades, vive su voluntario destierro el músico Pau Ca-





La última y definitiva palabra del oratorio es, precisamente, paz, pau en la lengua de Casals.

sals. Pau Casals y Bach. Las «Seis suites» reemplazan infructuosa y dolorosamente a los amigos muertos, a los prisioneros, a los miembros de la Associació...

Tardará diez años en salir Pau Casals de su destierro. O mejor dicho: será Bach quien rompa el destierro de Prades. En 1950, Pau Casals recibe el encargo de dirigir en Nueva York un fabuloso «Festival Bach». Pero Bach no va

a Nueva York, sino a Prades. En la humilde iglesia local de la aldea franco-catalana, los mejores solistas y orquestas de la posguerra interpretan al viejo monstruo de Leipzig. Prades se transforma en un centro de peregrinación. Y como acto final del grandioso jubileo sonoro, Pau Casals, abrazado amorosamente a su violonchelo, despide a los peregrinos con las notas de una antigua melodía

catalana: «El cant dels ocells».

Pau Casals y su violonchelo emprenden el camino. Traslada su residencia a Santurce, una hermosa villa residencial situada en las proximidades de San Juan de Puerto Rico. Contrae matrimonio: su esposa, Martita, es mucho más joven que él. Ambos recorren juntos todas las rutas del mundo: Japón, Norteamérica, Israel, México, Argentina... En Jerusalén,

un coro de jóvenes de los «ki-butz» interpreta «El cant dels ocells» en hebreo. En Japón, una orquesta infantil ejecuta su «Sardana» para treinta y dos violonchelos. En la Casa Blanca, el Presidente Kennedy, tras escuchar «El cant dels ocells», se dirige al anciano Casals y le dice: «Usted ha hecho que nos sintiéramos humildes...».

Casi al final de su vida, Pau Casals compone el oratorio «El Pessebre», una obra monumental de más de dos horas de duración, para cinco solistas, orquesta y coro. El oratorio se apoya en un poema navideño de Joan Alavedra (autor de una apasionada biografía de Casals, muchos de cuyos datos he utilizado para redactar este trabajo). «El Pessebre» se estrena en Acapulco; lo cantan, en catalán, cuatro solistas mexicanos y uno norteamericano y un coro de doscientas voces. El éxito del oratorio se repite luego en San Francisco, en Asís, en Florencia, en Budapest, en Atenas, en Ginebra... «El Pessebre» se interpreta también en la sala de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, ante los delegados de todos los países de la organización. Dos catalanes —un músico y un poeta— reciben el homenaje de unos hombres que buscan o parecen buscar la paz perpetua. «El Pessebre» se convierte en un símbolo de paz. Y Casals así lo entiende. La última y definitiva palabra del oratorio es, precisamente, la palabra «paz». Una palabra hermosa, pero desprestigiada.

Pau Casals ha creído en esa difícil palabra a lo largo de toda su vida. A través de un siglo saturado de guerras y crímenes legales. A pesar de palabras tan espantosas como Verdún, Guernica, Auschwitz, Stalingrado, Hiroshima, Biafra, My-Lay... La presencia viva y palpitante de Bach entre sus dedos le ha hecho creer en lo mejor de la condición humana y le ha impedido admitir que en el corazón del hombre late una inextinguible capacidad para el odio. Pau Casals no ha vivido tampoco del pasado, de resucitar espectros particulares y crueles. Los recuerdos de la tierra natal se han resumido y quintaesenciado en un nostálgico «Cant dels ocells». En cualquier caso, todo ha terminado, y ahora sólo nos queda, silencioso y lejano, un violonchelo en el exilio.

■ S. R. S.